

¡MÚSICO, TOCA RÁPIDO!

3º - 5º

Maestra: *f* **Niños: *p*** **Maestra: *f***

1. A - quí lle - gó un mú - si - co. Mú - si - co. Lle - gó al a - ma - ne - cer.
2. Y en e - se ár - bol él ha - bló. Él ha - bló. A un pa - ja - ri - llo a - zul.

Niños: *p* **Maestra: *f*** **Niños: *p***

Lle - gó al a - ma - ne - cer. Y con su flau - ta prac - ti - có. Prác - ti -
A un pa - ja - ri - llo a - zul: "Tú can - tas y yo to - ca - ré. To - ca -

Maestra: *f* **Niños: *p***

có con ar - te y con pla - cer. Con ar - te y con pla - cer.
ré ya - le - gre yo es - ta - ré. Ya - le - gre yo es - ta - ré."

Todos: *f* ***p***

La la la la

<https://ideaswaldorf.com/el-musicante/>

Es una isla peculiar y encantada –nuestra isla de Man.

Pasaron más de mil años hasta que los hombres la descubrieron, pues es bien sabido que los espíritus del agua, de la tierra, del aire y del fuego habían echado un hechizo sobre ella, de modo que estaba oculta en una llama azul de niebla y era invisible para los ojos mortales. La niebla consistía en el calor de un gran fuego y la salinidad del mar, y yacía sobre la isla como un banco de nubes.

Luego, un día, los espíritus dejaron que el fuego se extinguiera, el mar se calmó, y he aquí: la isla apareció con sus cumbres montañosas y su costa escarpada, sus verdes páramos y sus rugientes cascadas. Los marineros que pasaban la notaron. Y desde aquel día la gente llegó a la isla, y mucho de su encanto se perdió.

Pero no todo. Porque debéis saber que en todas las estaciones merodean espíritus por la isla, que ejercen su encanto y causan toda clase de daños. Y en la costa se eleva sobre el mar una gran cueva que se adentra profundamente en la tierra. De ella sale el diablo cuando le place, para deambular por la isla según su propio capricho. Un sabio isleño no sale sin un trozo de hierro o

un terrón de sal en el bolsillo; y si es de noche, probablemente llevará en su gorra una rama de serbal y un vástago de ajenjo, la pluma de un ala de gaviota y piel de una anguila. Pues éstos ahuyentan a los malos espíritus; *¿y quién en la isla querría encontrarse con el Mal, o quién querría entregarse torpemente a su poder?*

Por eso, en el sur, sobre los muros del castillo de Rushen, los cañones están montados sobre cruces de piedra que sobresalen de las murallas; y cuando un habitante de la parte sur de la isla llama a la puerta de su vecino, no grita:

"¿Estás ahí?" Sino que más bien pregunta: *"¿Hay pecadores dentro?"* Porque el Mal es aterrador, *¿y quién querría tratar con él!*

Yo tardo mucho en empezar mi historia, pero puede haber algunos que sepan poco de nuestra isla, y un narrador no siempre puede llevar a sus oyentes por el camino más corto hasta la historia que tiene que contar. Esta viene del sur, donde las nieblas cuelgan más bajas, donde las chozas están hechas de turba y cubiertas de retama; allí las vacas son pequeñas, hay muchas cabras, y un granjero os contará que su rebaño ha sido conducido al redil por el *Ferodyree*, un duende, mitad cabra, mitad niño. Pero esa es otra historia.

Permitidme empezar con un viejo dicho de la isla de Man – asegura la disposición correcta:

"Cuando un pobre ayuda a otro, Dios ríe en el cielo de alegría."

Esto os muestra que los habitantes de Man son amables entre sí, y así Dios no les es ajeno, incluso cuando el diablo anda suelto.

Retroceded ahora cien años y luego tantos como os apetezca, y llegaréis a la época en la que transcurre mi historia. Fuera de Castletown, cerca de Kirk Christ Rushen, vivía entonces un muchacho muy extraordinario; se llamaba **Billy Nell Kewley**.

Él podía sacar de su violín una música más dulce que cualquier otro músico de la isla de Man. Cuando llegaba Navidad, era el primero en salir con su violín. Recorría los valles y los páramos, tocaba para sus vecinos y, cuando la noche terminaba, anunciaba las horas y el tiempo, para que quienes yacían calientes en sus camas de paja pudieran saber qué clase de día sería, incluso antes de que amaneciera.

Antes de Navidad comenzaba, tocaba media noche y medio día, tocaba esto y aquello, y por precaución se había puesto en su gorra la rama de serbal y el vástago de ajenjo, y en los bolsillos de sus pantalones cortos de lana marrón llevaba hierro y sal.

Ahora bien, sobre Castletown se alza en altísimos riscos el castillo de Rushen. Más allá se encuentra el monasterio más antiguo de la isla, que lleva cientos de años en ruinas: la Abadía de Rushen con sus innumerables tierras. A través del bosque de Rushen, a lo largo del valle hacia la cabaña de los Quiggans, llegó Billy Nell en la víspera del día de Santo Tomás (21 de diciembre); tocaba su violín y silbaba un acompañamiento adecuado. Interrumpió su silbido para anunciar la hora: *"Las dos de la mañana"*, así como el tiempo: *"Frío – con ligera niebla por todas partes"*, cuando percibió pasos detrás de él en la oscuridad.

Rápido como un halcón, agarró la rama de su gorra. Había desaparecido; al abrirse paso a través de la frondosa vegetación del bosque, la rama se había desprendido. Empezó a correr más rápido. ¿Era posible que un "Buggan" fuera tras él – una criatura fea y malvada, un enemigo del Hombre, que maldice a los mortales y se les enfrenta con astucia, que empuja a uno a la perdición y luego se ríe? Los pies de Billy Nell corrían rápido, más rápido.

Pero sus oídos, orientados hacia atrás, percibían el sonido de otros pies; también ellos corrían rápido, más rápido. ¿Podría ser el Fenodyree, el peludo? Entonces no era tan malo. El Fenodyree hacía sus travesuras, pero él, que una vez había amado a una muchacha, no hacía daño a la gente. Y vivía, si se podía creer a los viejos, en el valle de Rushen.

Y entonces una voz desde la oscuridad dijo:

"Detente, te lo ordeno."

¡Qué poder había en estas palabras! Los pies de Billy Nell se detuvieron, aunque en realidad él quería seguir corriendo. Más tarde recordó la sal y el hierro en su bolsillo, que podría haber arrojado entre él y su perseguidor cuando este lo seguía tan de cerca en la niebla. Pero simplemente se quedó quieto y se dijo:

"Billy Nell Kewley, ¿podría ser el _Noidny Hamney_ quien te ordena – el enemigo del alma?"

Y se quedó completamente inmóvil en la oscuridad, demasiado asustado incluso para temblar, porque era al mismísimo diablo en quien pensaba.

Aquel que le había hablado apareció en una luz rojiza, que venía de todas partes y de ninguna, una luz que tenía el color de la fiebre o del relámpago ardiente o del mismísimo abismo infernal. Cuando Billy Nell miró, vio a un hermoso caballero, como nunca se había visto en la isla de Man – hermoso y alto, serio y severo, bien vestido con pantalones cortos con hebillas y galones de plata y otros adornos. Habló con gracia y ferocidad al mismo tiempo:

"Billy Nell Kewley de Castletown, he oído que eres un músico extraordinariamente bueno. No hay ninguno mejor, dicen."

"Toco decentemente", respondió Billy Nell modestamente.

"Quiero que toques para mí. ¡Mira!"

Metió la mano en el bolsillo, y con una mano tan blanca, tan delgada, que podría haber sido la mano de una dama, le mostró a Billy Nell monedas de oro. En la luz rojiza, que venía de todas partes y de ninguna, Billy pudo reconocer su peculiar acuñación.

"Tendrás tantas como puedas llevar si tocas para mí y mi compañía en la tercera noche a partir de hoy", dijo el fino caballero.

"¿Y dónde debo tocar?" preguntó Billy Nell Kewley.

"Te enviaré un mensajero, Billy Nell, a mitad del valle..."

-*"Vendré",* dijo el músico, porque nunca había oído hablar de tanto oro – que sería suyo si tocaba para un baile durante una noche.

Y como ahora tenía la mitad de miedo, comenzó a temblar. En ese momento, un gallo cantó en la distancia, una rama rozó sus ojos, la niebla lo envolvió, y estaba solo. Entonces corrió, corrió hacia la cabaña de los Quiggans y anunció la hora:

-*"Las tres", y el tiempo: "Frío y niebla espesa".*

Al día siguiente, Billy Nell Kewley contó; contó los tres días y descubrió que la noche en la que debía tocar por todo el oro que pudiera llevar, era la noche de Navidad. Un terror se apoderó de él. *¿Qué clase de espíritu era el enemigo del alma? ¿Podía ser entonces lo que quisiera – un diablo en el infierno o un fino caballero en la tierra?*

Anduvo por todas partes preguntando a la gente, y cada uno le daba una respuesta diferente. Fue a los monjes de la abadía y los encontró trabajando en el jardín. Habían echado hacia atrás sus capuchas negras, y estaban con los pies descalzos en la tierra marrón.

Llegó el abad; su mirada era fija y severa.

-*"¿Debo ir, Reverendo? ¿Debo tocar para alguien a quien no conozco? ¿Es bueno el oro que quiere darme?"* preguntó Billy Nell.

-*"No puedo responder a ninguna de tus preguntas",* respondió el abad.

-*"Sólo aquella noche puede dar la respuesta: si el oro es bueno o está maldito, si el hombre es noble o es el diablo. Pero ve. Lleva sal, lleva hierro y cápsulas de veneno. Toca para el baile y observa con atención. Toca de nuevo – y observa otra vez. Luego toca un villancico y mira lo que sucede."*

Poco antes de medianoche en Nochebuena, Billy Nell Kewley subió por el valle. Había envuelto su violín en una piel de cordero para protegerlo de la humedad. La niebla, a veces azul, a veces roja, lo envolvió, tan espesa que tuvo que palpar su camino con los pies y tropezaba una y otra vez.

Pasó por donde debía estar el castillo de Rushen. Siguió corriendo, y le pareció que la niebla lo acogía y era transportado en ella. Sintió que sus pies abandonaban el sendero, notó cómo lo reencontraban. Y entonces la niebla se elevó, desapareció como nubes tras una tormenta, y ahora se presentó ante él una vista tan magnífica como ningún muchacho había visto antes: un castillo brillantemente iluminado con patio y pasillos, con galerías y altos techos se extendía ante él. Las ventanas y puertas estaban abiertas de par en par y con la luz fluía la risa. Y allí estaba su anfitrión, el mismo fino caballero, pero ahora más espléndido, ataviado de seda, terciopelo, plata y piedras preciosas. A su alrededor paseaban figuras que Billy Nell tuvo que considerar como damas y caballeros de alta cuna, algunos totalmente desconocidos de allende los mares, pues nunca había visto a sus semejantes en la isla de Man.

Se colocó en medio del gran salón, desenvolvió su violín, afinó las cuerdas, enceró el arco, aflojó los dedos. Entonces la risa cesó. Su anfitrión gritó:

-*"¡Músico, toca rápido – más rápido!"*

Nunca en su vida, ni después, volvió a tocar Billy Nell como tocó en aquella noche. La música de su violín sonaba como la música de cien violines. A su alrededor, los bailarines giraban como arcoíris salvajes: azul y naranja, violeta y amarillo, verde y rojo, todo mezclado hasta que la cabeza le daba vueltas con tantos colores. Sin embargo, los pasos de los bailarines sonaban como el crecimiento de la hierba o la maduración del grano o el enrojecimiento del acebo – es decir: no hacían el más mínimo ruido. Sólo se oía la música y, una y otra vez sobre ella, el grito del anfitrión:

-"¡Músico, toca rápido – más rápido!"

¡Más rápido – más rápido! Era como si Billy Nell tocara ahora en un viento poderoso que arrancaba la música salvaje y loca de su violín. Tocaba melodías que nunca antes había escuchado, melodías que gritaban y chillaban y aullaban y suspiraban y sollozaban y lloraban de dolor.

"¡Toca más rápido – más rápido!"

Advirtió que alguien estaba en la puerta – un monje con capucha negra, descalzo, un monje que lo miraba con ojos profundos y tristes y sostenía dos dedos de su mano en sus labios, como si quisiera acallar la música.

Solo entonces Billy Nell recordó lo que el abad le había dicho. *¿Pero cómo había llegado el monje hasta aquí?*

Y ahora también recordó eso. Había una historia, tan vieja y gastada de tanto contar que solo quedaban fragmentos aquí y allá: cómo, hace mucho tiempo, en la santa Nochebuena, un monje se había dormido y había perdido la misa de medianoche por la Virgen y el recién nacido Niño Jesús, y cómo se le echó de menos en el rezo vespertino del día de Navidad y nunca más se le volvió a ver. Los viejos decían que el diablo se lo había llevado, aquel enemigo de todas las almas, le había robado su alma porque se había dormido durante la misa.

Entonces, todo el terror se desprendió de Billy Nell. Dejó que su arco deslizara sobre las cuerdas tan rápido que sus ojos ya no podían seguirlo.

-"¡Músico, toca rápido – más rápido!"

-"¡Señor, toco más y más rápido!"

Balanceó su cuerpo al compás de la música loca y se movió por el salón hacia la puerta, donde estaba el monje. Dio los últimos acordes con fuerza; a los pies del monje arrojó hierro, sal y la cápsula de veneno al suelo. En el silencio, hizo sonar entonces un villancico – suave y dulce se elevó:

*Adeste fideles, laeti triumphantes,
Venite, venite in Bethlehem:
Natum videte, Regem angelorum:
Venite adoremus, venite adoremus,
Venite adoremus – Dominum.*

Los oídos de Billy Nell quedaron aturridos por el ruido que estalló sobre la música, gemidos y lamentos, la agonía mortal de almas condenadas. Sus ojos se paralizaron ante la visión que se le presentó: los sirvientes se transformaron en esqueletos descarnados, los señores y damas en demonios aullantes. Y el monje descalzo con la capucha negra se desintegró en la hierba bajo el desvanecido castillo – un montón de polvo gris. Pero en el polvo brillaba una pequeña chispa de luz sagrada – el alma de un monje que se había liberado. Billy Nell tomó la chispa y la lanzó alto al viento, como se lanza un halcón al cielo para que pueda volar libre. Y la siguió con la mirada en su camino brillante, hasta que el cielo la acogió.

Billy Nell tocó en su camino bajando el valle. Se detuvo para anunciar la hora:

- "Las tres en esta santa mañana de Navidad", se detuvo para anunciar el tiempo: "El cielo está despejado... Cristo ha nacido."

Aportación de La Comunidad de Cristianos